El fuego de una inmensa curiosidad*

Ricardo Becerra

Para Adriana, con cariño y admiración

No estoy seguro. ¿Quién era mejor? ¿El economista extraordinario o el amigo gentil y siempre cálido? Para mi generación su nombre ya era mítico, luego de que desentrañó la "Organización industrial en México" (todo un misterio entonces, como ahora) para preparar el "cambio estructural" de aquellos años al lado del inseparable José Casar (otro profesional de la mejor tradición), Carlos Márquez, Susana Marván y Gonzalo Rodríguez, otros economistas intrépidos.

Desde comienzos de los años noventa, Ros ya era el gran economista duro, heterodoxo, con una visión penetrante que se situaba siempre en la exploración de los problemas económicos fundamentales de cada momento. Aquí algunos de los que recuerdo. ¿México podría acometer su transformación productiva con vistas a su inserción en la zona norteamericana? Y si era así, ¿cuál era el punto de partida real, cuál el diagnóstico necesario para una genuina política industrial? ¿Cuál fue el resultado de las reformas neoliberales dadas sus consecuencias concretas y mensurables? ¿Qué explicaba la recesión más larga que había vivido México desde la "crisis del tequila" en los primeros años del foxismo? ¿Por qué la macroeconomía convencional estaba fallando tan ostensiblemente en América Latina y de modo especial en México? ¿Es cierto que la "productividad" es lo que explica el anegamiento de la economía latinoamericana? ¿De hecho, qué es la productividad, y por qué tiene tan malos resultados aparentes en nuestra región? ¿Qué correcciones eran necesarias en los modelos de desarrollo económico vigentes antes de la crisis financiera? Y, finalmente ¿dónde están los obstáculos fundamentales que nos tienen sumidos en un estancamiento crónico, definido por él como "la trampa del bajo crecimiento y alta desigualdad"?

¿Se imagina el lector un programa de investigación económica más relevante y más pertinente en los últimos 25 años que el planteado por Jaime Ros? Y toda esa investigación la desplegaba con humor, sin prejuicios, aceptando elementos y evidencias empíricas vinieran de donde vinieran, pero manteniendo la vertical teórica de un economista que busca respuestas a problemas, economista útil, no doctrinario.

Frecuenté mucho menos de lo que debía al Maestro Ros, en parte por su brillante y prolongada estancia en la Universidad de Notre Dame y en parte por los muchos encierros monacales en que solía adentrarse para terminar este ensayo,

* Publicado originalmente en *Etcétera* el 9 de julio de 2019.

aquel libro, tal clase o aquella ponencia, trabajos que, por fortuna, Ros nos hereda por centenas, con ideas originales, un rigor lógico-matemático tan inusual y pertinencia histórica y económica.

Jaime Ros es uno de los economistas responsables del único cambio en la política económica neoliberal en el último cuarto de siglo (continuada en el presente gobierno, por cierto). Me refiero a la política del salario mínimo, y tuve oportunidad de trabajar con él y constatar la manera como funcionaba su poderoso cerebro: escuchaba atentamente los cuestionamientos adversos, ponía en su escritorio toda la bibliografía leída y por leer, meditaba lo que iba a decir y daba sistemáticamente una respuesta bien estructurada a favor o en contra de su propia opinión original. ¡Lo que yo tenía enfrente era un economista flexible! Porque no le importaba la pose, la grandilocuencia ni defender un sacerdocio teórico, lo que le importaba era la verdad en los grandes temas del momento, sin las prisas del periodismo y sin el tedio de la academia especializada.

Lo que más lamento de la muerte de Jaime Ros es que se apaga el fuego de una inmensa curiosidad intelectual, científica, literaria y vital. Puedo contarles mi experiencia. Durante la elaboración del documento que refutó uno a uno los prejuicios económicos contra el aumento del salario mínimo, el profesor Ros hizo dos cosas: se sumergió en las raíces de la teoría clásica de la distribución del ingreso y en la teoría moderna de los contratos económicos, pero también se fue de picnic, es decir, ensayó su propio "experimento natural". Y es que Jaime Ros decidió comenzar a tomar taxis a la primera provocación, a lo ancho y a lo largo de la ciudad de México, encuestando a los conductores sobre sus hábitos laborales y su ingreso. Durante aquellos 150 días, Ros recopiló información muy elocuente de lo que estaba pasando con los trabajadores de más baja calificación en la ciudad (los taxistas entre ellos), y pudo constatar que la señal siempre deprimida del salario mínimo estaba afectando los ingresos de ese segmento y que ganar tres veces el salario mínimo exigía al menos duplicar la jornada de trabajo. El salario mínimo estaba mandando una nefasta señal al conjunto de una de las economías locales más modernas del país (o la más moderna). De modo que Ros avanzaba en dos piernas, una intelectual y una empírica, una recuperando el acervo teórico que aprendió y otra clavada en su propia experiencia, la de todos los días.

Éste era Jaime Ros, quien además fue dueño de un buen sentido del humor y, con toda su grandeza, se dejaba cotorrear como el mejor de los amigos. No hubo una sola empresa, una sola iniciativa o una sola propuesta a la que lo invitásemos, que no aceptara por convicción. Ése era su límite: un límite moral. La última vez que hablé con él fue en una larga comida en la que sin remilgos me dio una clase de historia económica y, gustoso, aceptó redactar un texto para el siguiente libro; todo en medio de carcajadas, literatura y un gran afecto que irradiaba en cada intervención.

Ese Jaime Ros dejó de estar con nosotros el 7 de julio, en la noche. Difícil contar aquí la ausencia de su pérdida humana, porque simplemente no puedo. Pero sí puedo decir que, si algún día México será capaz de abandonar el mar de los sargazos económicos en el que vivimos, lo logrará de la mano, las ideas y la obra de Jaime Ros.**Ω**